

# Cordelia

Volumen II

Octubre de 1913

Número 14

Publicación mensual  
dedicada a la mujer costarricense.

Director,  
José Fabio Garnier



ELENA DE MONTENEGRO

# CORDELIA

Publicación mensual dedicada a la mujer costarricense

## SUMARIO del presente número

Elena de Montenegro .....	<i>Sofía Bisi Albini</i>
Consejo.—El amor.....	<i>Amalia Guglielminetti</i>
El canto en la educación del pueblo .....	<i>María Cuttica Coggiola</i>
La débil voz .....	<i>Clementina Laura Malocchi</i>
Cantares de la cárcel .....	<i>Victoria Aganoor Pompili</i>
Beata solitud, sola beatitud.....	<i>María Plattis</i>
El granuja .....	<i>Ada Negri Garlanda</i>
El eterno error.....	<i>Adelaida Bernardini Capuana</i>
La vía desconocida .....	<i>Melina Pastorelli</i>

## Elena de Montenegro

### La reina educadora

Una vez mas abandono el Quirinal con el alma saturada de una profunda conmoción. No visité a una Reina, visité a una Madre. La sencillez de Elena de Saboya, aquel hablar constantemente de niños y sólo de niños, parecen, a algunas señoras, excesivos, y sin embargo en otras despiertan el sentimiento de no poderla ver mas amenudo para hacer acopio de observaciones, de impresiones, de ideas singularmente profundas y finas, que se refieren todas a la educación del niño.

Le dije una vez mi admiración por su grande experiencia materna. Generalmente—observé—nosotras la adquirimos cuando los niños han crecido; desgraciadamente nuestros hijos son nuestro campo experimental y no es sino después de haber cometido muchos errores, cuando aprendemos a educar... a los de los demás.

—Pero yo he sido siempre madre

—me respondió sonriendo—Yo fuí, cuando pequeña, madre de mis muñecas; las he amado, educado como si fuesen pequeñas creaturas vivas. Muy amenudo se enfermaban y yo las cuidaba y me sacrificaba como nunca lo vi hacer a otra niña conocida. Luego, jovencita aún, hice de madre a mi último hermanito. Cuando él nació, mi madre se enfermó gravemente y el niño me fue confiado, le di el biberón y durmió en mi cuarto hasta el día en que casé. Hice por él lo que no he hecho ni por mis hijos porque para con estos tuve la ayuda de las camareras.

Observé que ella tenía intuiciones no comunes, no solamente acerca de las necesidades físicas sino también acerca de la psicología de los niños.

—Porque los amo. Basta amarlos de verdad. Siempre pensé que quien no comprende a los niños es porque no sabe amarlos. Oigo a primas y

a amigas decir:—no sabemos hacerlos obedecer!—y yo siento dentro de mí el deseo de responderles:—Amadlos!—No, no soy ni mas inteligente ni mas sabia que las demás madres, solamente quiero de verdad a los niños, a todos los niños. Ellos y yo nos comprendemos siempre. En los hospitales, en los asilos, a veces en la calle al pasar, miro a un niño, él me mira, y nos hemos comprendido. Se enseguida, si tiene sed, si tiene hambre, si tiene hambre de amor; oh! tantas veces el pobrecillo no siente sino hambre de amor.. y no siempre es hijo de pobres. Yo desearía volver, todos los días, a mi casa con el coche lleno de niños.

No es eso profundamente conmovedor? Y todo dicho con aquella encantadora sencillez de palabra y de acento!... Para llegar a esa bondad y a esa sabiduría maternas no basta, pienso, haber leído a Pestalozzi y a Froebel, es preciso vivir como ella vive, continuamente en el mundo de los niños, no distraerse con otros cuidados, poder reflexionar acerca de lo que ellos dicen y hacen. Pero, por desgracia, el mayor número de las madres, aun entre aquellas que tienen tiempo y medios, se ocupan de sus niños con prisa, y son pocas las que consideran la instrucción y la educación de sus hijos como una misión maravillosa, de tan intenso interés que hace insignificante cualquier otra ocupación, de tanta importancia social que hace superflua cualquier otra labor.

Si cada madre pensase realizar en su pequeño mundo todos sus ideales de hombres y mujeres perfectos física y moralmente, cuán brevemente veríamos mejorada la sociedad!

En las épocas pasadas hubo mujeres de esas; la mujer no se ocupaba generalmente sino de su casa y de los suyos; pero sabemos cuales intenciones restringidas y egoistas la obligaban a hacerlo así; sabemos que los niños eran confiados ciegamente a nodrizas y a camareras; conocemos también cuales y cuantos descuidos higiénicos había en su educación.

Desde hace treinta años se ha podido constatar cuanta utilidad tenga la cultura para una madre; los progresos obtenidos en lo que se refiere a higiene y a psicología no se deben solamente a fisiólogos y a psicólogos sino, en especial manera, a madres inteligentes, a sus observaciones y a sus experiencias de las que se han servido los estudiosos.

Pero hoy la Reina de Italia da un ejemplo nuevo de completa abnegación tanto mas singular cuanto lo hace en estos tiempos en los que se habla, en el mundo femenino, de derechos a una felicidad personal, a un desarrollo de la propia individualidad aun a costa del sacrificio de los hijos como si desarrollar de manera perfecta el propio carácter y la propia inteligencia de acuerdo con la misión materna, no fuese trabajar por una ideal felicidad personal.

La Reina Elena hoy no se ocupa mas que de los niños, en su casa de los suyos, fuera, de los ajenos en los cuales piensa continuamente aun cuando se encuentra en sus bellos jardines, rodeada por pequeños príncipes alegres.

—Mis flores—dice ella con la complacencia con la que Cornelia decía:—mis joyas.

—Debemos—agrega—educar a los niños como si fuesen flores, al

abierto, bajo el sol lo mas posible, con entera libertad para correr cuanto y como quieran, para observar, hablar y reir; sobre todo no deben cansarnos sus charlas, al contrario deben interesarnos porque ellas nos revelan toda la labor de su inteligencia; solamente así podemos conocerlos.

Los pequeños príncipes viven casi todo el día en los jardines del Quirinal. El amor, mejor dicho, la veneración que sienten por las flores es conmovedora: la Reina es quien los acostumbra a conocer y a amar a la bella naturaleza que los rodea.

—Todo lo que se quiere, se obtiene de los niños;—me decía ella—yo los soñaba así, los deseaba así y así los tengo. No creo que haya niños malos; todos, aun aquellos que llevan en la sangre gérmenes corrompidos, se pueden hacer buenos. Basta amarlos mas que a los otros. Basta educarlos en la alegría.

Cuanta conmoción produce el ver realizados en la mas noble de las madres italianas todos nuestros ideales de educación alegre para los niños, de serenidad materna.

En la playa descalzos jugando con el agua, en los prados de Tómbolo saltando en el heno recién cortado, en los jardines de Roma y de Racconigi, corriendo por el verde césped, los pequeños príncipes crecen fuertes y sanos, y saturados de todas las cosas magníficas que Dios ha creado para alegría de los niños: agua y cielo, frutas y flores, pájaros y piedrecillas, cuadrúpedos e insectos.

Para ellos las flores se mueven, palpitan, ríen y sufren. Un día vieron a un amiguito suyo golpear sin compasión hierbas y flores del pra-

do y ellos se pusieron de color granada y casi lloraron.—Que dolor!—dijeron después—cuánto habrán sufrido estas pobres flores!

—Hace tres días—me decía la Reina el año pasado—Humbertito entró a la sala y vió una flor caída sobre el diván.—Oh! la planta ha perdido a su hijito!—exclamó. Y pidió que se le hiciese subir al diván para restituírselo.—Ahora estará contento porque volvió al lado de su mamá—dijo luego satisfecho.

Me permití preguntar si era siempre obediente, si tenía caprichos:

—Algunas veces. Pero busco la manera de librarlo del peligro de ser caprichoso. Creo que nosotras las madres debemos salvarlos como si los viésemos en el borde de un precipicio. Cuando encuentro a un niño caprichoso, creo que la culpa no es suya sino de la oposición irracional de quienes lo rodean. Busco la manera de distraer a los niños cuando los veo cerca de un capricho. Hace pocos días Humberto amenazaba una buena, yo inmediatamente cambié argumento. Dije: Es necesario que vaya a poner orden en la biblioteca. Quien quiere ayudarme?—Yo! exclamó enseguida el y se vino conmigo. Media hora después cuando lo vi ocupado en darme libros, feliz porque era útil para algo, dije: Que hombrecito mas valiente está aquí con su mamá! Da mucho placer verlo trabajar alegre y amable; cuando pienso que hace poco... —No me dejó terminar, exclamó: —Oh! mamá, aquel era otro niño, sabes, no era yo!

La princesa Iolanda fue llevada por primera vez este año (1909) a visitar un hospicio de niños.—Evito—me decía la Reina—hacer cono-

cer a los niños demasiado pronto las tristezas de la vida: llegará el momento en el cual las verán y para nada sirve que las aprecien temprano. Ahora su derecho y su deber es el de crecer robustos, serenos y fuertes para poder enfrentarse mas tarde a esas miserias. Los niños nuestros que llegan, ignorantes así, hasta los dolores de los demás, serán mas piadosos, no se habrán *acostumbrado* a ver sufrir y no se mostrarán indiferentes. Los míos saben que hay en el mundo muchos niños infelices porque me ven ocupada y preocupada siempre con respecto a ellos y desean llegar a ser *grandes* para poderse dedicar también a tan hermoso trabajo. Mientras tanto me ayudan en lo que pueden. Iolanda a los seis años ya poseía una máquina de coser perfecta, hecha en forma tal que no presentaba peligro para sus deditos, y desde entonces todos los días hace el orlo a doce abrigos para niños pobres. Ella cree sinceramente que todas las niñas ricas hacen lo mismo y de idéntica manera que se come y se duerme, así a una hora fija se hacen los veinticuatro orlos.

De Iolanda me contó la siguiente anécdota: Tenía seis años cuando, cansada la princesita de un juguete, exclamó:—Que aburrida me tiene este muñeco! Tan feo que se ha puesto! Mamá, dáselo a un niño pobre!—La Reina, asombrada, le respondió que si no le gustaba a ella no había razón alguna para que fuese buena para un niño pobre: a aquellos que nunca han tenido nada, es preciso darles lo que de mas bello tengamos. El año siguiente, al acercarse la Nochebuena cuando la Reina les dijo:—Niños, debemos pensar ya en los árboles de Navidad. Hay muchos hospita-

les, muchos asilos de niños pobres, luego no tenemos tiempo que perder, Iolanda, durante un momento, se puso a reflexionar diciendo:—Déjame pensar, cuales son los juguetes que me gustan mas para que se los lleves!

Algunos se extrañan de que la Reina de Italia se dedique casi exclusivamente al mundo de la infancia, pero creo no equivocarme al pensar que dentro de algunos años la veremos ocuparse de las escuelas. Ella vive con y por sus hijos y todo lo que a ellos se refiera atrae su mirada, commueve su alma. Ella está preparando, de manera admirable, la inteligencia y el carácter de los pequeños príncipes que, desde ahora, prometen llegar a ser hombres y mujeres no comunes. La pequeña Mafalda me fue descrita por la Reina Madre Margarita de Saboya como una niña de una singular y vivacísima inteligencia, abierta a todo. Cuando llegue la hora en la cual sus hijos se deban dedicar a los estudios oiremos a nuestra Reina hablar de esos estudios con sorprendente competencia.

Como ella ahora para otras madres, es guía en el conocimiento del alma del niño y las enseña como se debe educarlo y prepararlo para la vida, así, mas tarde, hallaremos en ella una preciosa aliada en pro de una reforma de nuestras escuelas, en pro de una educación que responda verdaderamente a las necesidades del niño y que forme hombres sanos y bellos física y moralmente.

El horizonte en que trabaja la Reina Elena se irá ensanchando conforme sus hijos crezcan; y si pensamos que con ellos crece todo el mundo infantil del cual ella se ocupa personalmente con extraor-

dinario amor e inteligencia, podemos apreciar cuan amplia y vasta sea ahora la misión de esta madre admirable.

SOFÍA BISI ALBINI

Escritora italiana, directora de la interesantísima revista mensual *Vita femminile italiana*.

## Consejo

El hombre a quien ayer amaste, mañana enemigo tuyo será: guarda siempre lista la fuerza que para vencerlo baste. Ten pronto el orgullo que sirva como venda para cualquier profunda herida y que esconda tu llanto y tu dolor. Aprende a dulcificar lo amargo que el corazón te manda y sonreírle blanda, hablarle con delicada voz. Quien ayer te ofrecía su ser por entero será mañana tu enemigo: no les des nunca a sus manos una arma demasiado nociva. No le hagas conocer tu pensamiento, no desnudes ante el tu conciencia, haz que te ame sin conocerte por completo. Y aun si lo adoras en tu cerrado corazón mas que a un dios, haz que lo ignore hasta el día del olvido.

## El amor

Nada en el mundo—como el amor se olvida—ningún entusiasmo—se apaga y se convierte en un letargo



AMALIA GUGLIELMINETTI

tan profundo. Como la estela que en el mar—traza la nave ligera—así en el corazón la herida—de amor se hunde y desaparece.

AMALIA GUGLIELMINETTI,

poetisa italiana, ha publicado cuatro libros de poesías: *Seduzioni*, *L'amante ignoto*, *Le vergini folle*, colección de sonetos, y *L'insonne* del cual hemos seleccionado las composiciones que, en prosa, traducimos para CORDELIA.

## El canto en la educación del pueblo

El canto—todas las naciones lo saben—puede ser un medio potente de educación popular. Unido como está a todos los movimientos mas íntimos del espíritu, es capaz de obrar sobre el, conduciéndolo

de nuevo hacia las puras fuentes que lo han inspirado. Mas eficaz que la palabra, puede interpretar todos los matices de los pensamientos y de los sentimientos, no se detiene ante la dificultad de comuni-

car el inefable *pathos* de las mas sentidas y vibrantes conmociones.

Cada momento del alma encuentra en el su expresión. El canto surge, límpido y sereno, en las horas de calma, de trabajo; acompaña las horas de alegría y después de haber sido usado en todos los tiempos para dar de nuevo la tranquilidad y el valor a los espíritus afligidos, no desdeña confortar las horas del dolor mas desconsolado.

Las campesinas de nuestras regiones meridionales cantan, por ejemplo, sus dolorosas canciones al lado de sus hijitos difuntos y en el canto encuentran muy amenudo las lágrimas oportunas, encuentran el consuelo del llanto. Puede ser—y talvez es probable—que el canto haya acompañado en las épocas perdidas de los tiempos prehistóricos la primera expresión de los sentimientos del hombre.

Que maravilla puede causarnos que el pueblo—esta parte tan importante de nuestra sociedad, que forma su fondo primitivo e ingenuo—suspire por la música, por el canto como el compañero indispensable para sus afectos y para sus acciones?

El pueblo nos muestra así, el modo seguro de llegar hasta su corazón, de obrar con nobleza y constancia sobre el. Cuántas altísimas aspiraciones, cuántas buenas enseñanzas se pueden dar con un medio tan sencillo, tan eficaz y gentil.

El hecho no ha dejado de interesar a nuestros modernos educadores quienes han querido que el canto se enseñe en las escuelas elementales, no tanto por el objeto inmediato de desarrollar los pulmones y de variar las ocupaciones de las clases, cuanto por el de contribuir, con el, a la cultura del espí-

ritu y a la reforma de las costumbres. Desgraciadamente el concepto de ellos ha sido tan mal apreciado y tan mal aplicado hasta hoy que no hay que extrañarse por los pocos resultados obtenidos.

Cual de tantos chiquitines de siete a once años que frecuentan las escuelas se cree obligado a repetir fuera de clase las pocas, insignificantes canciones que en las escuelas le enseñan; cual de ellos tiene de esos cantos una impresión que dure toda la vida?

No es esa la edad en la que mas se sienta la necesidad de la enseñanza del canto. Es mas tarde, cuando la voz adquiere un timbre determinado y la vida se desenvuelve, inquieta e impaciente, cuando es preciso darle, con el canto, a la conciencia de los jóvenes una dirección sana y elevada.

Esa es la edad en la que se encuentran abandonadas a si mismas, presas ya de las oscuras luchas por la existencia, las creaturas que por su incompleta instrucción, por el porvenir doloroso que las espera, tendrían más necesidad de ayuda y de asistencia.

Por que no aprovechamos de la pasión innata de la música y del canto para procurarles esa fiesta de los pulmones y del alma, fiesta que ayudaría a elevarlos, que influiría sobre sus mentes y sobre sus corazones?

No conozco una obra mejor y al mismo tiempo mas genial. Dar una hora de diversión a quien pasa los días en el trabajo y en las penas, conceder el vuelo a las voces de tanta juventud, inspirar en el canto los mas dulces sentimientos fraternos, los fuertes y alegres amores patrióticos y educar además el gusto, dirigiéndolo hacia el aprecio de

las melodías que mas honran al arte, no sería esa una obra de bien inmensa?

Recordemos que ha sonado la hora para toda tiranía, aun para la de la ignorancia y que solamente dando al pueblo una plena conciencia de si mismo podrá hacerse digno de su trabajo en el porvenir.

Ninguna obra de educación, cuando es bien entendida, cuando se desarrolla como se debe, da frutos de revolución y de egoísmo; ciertos es, por el contrario, que con el refinarse de una facultad todas las demás se aprovechan de ese refinamiento; es evidente que con la elevación del alma se elevan también sus productos y sus manifestaciones.

Entre nosotros se canta mal. Quien es el culpable? «Faute de mieux on chante n'importe quoi» ha escrito Carlos Wagner quien se indigna al considerar la necesidad del canto tan noble, tan legítima, satisfecha casi siempre de una manera equivocada.

En Francia Gustavo Charpentier nos dio el ejemplo de lo que es preciso hacer; el joven autor de *Luisa*, de alma idealmente imaginativa y popular pensó en cultivar el corazón y el espíritu de las jóvenes obreras parisienses por medio de la música y del canto.

La sociedad fundada por el y conocidísima hoy con el nombre de «*Mimi-Pinson*» es la cosa mas gentil y al mismo tiempo mas benéfica y admirable que haya existido. Comenzó con poco, deseando apenas facilitar a las modistas y a las obreras la entrada en los teatros líricos y echó las bases de una sociedad que obtuviese localidades gratuitas y rebajas considerables para las mejores representaciones teatrales; luego la sociedad se dedi-

có a rehacer la educación artística de sus protegidas dándoles, por medio de varios profesores, lecciones gratuitas de música, de canto y de baile.

Y cuál animación se notaba cada noche en los salones de la sociedad *Mimi-Pinson*. Las midinettes—como llaman en París a las jóvenes obreras—respondieron entusiastas al llamamiento y solfean, dóciles, bajo la dirección de maestros pacientes y gentiles, tratando de descifrar, de comprender las notas... Que entusiasmo después de cada dificultad vencida, cuanta sonrisa, cuanta alegría! Es un placer ver a aquellas jóvenes que han trabajado todo el día y que mañana volverán a su existencia afatigada, es un placer verlas sonrientes, satisfechas, felices. Observándolas estalla espontáneamente la idea: haced felices a las personas si quereis que sean buenas!

Se las da un poco de consuelo junto con el gusto de la buena música y de las cosas altas y gentiles. «Es un poco de ideal que quiero darles, la sonrisa del arte en medio de una vida de fatigas y de privaciones. Se trata de abrir la ventana de sus pobres buhardillas para que, a través del aire puro y del cielo azul, vuelen no las canciones de café cantante sino las melodías delicadas de Gluck, de Saint-Saens, de Massenet». Así explica su obra el fundador, Gustavo Charpentier.

Ah! el pueblo tiene gusto, posee juicios propios acerca del arte, por que no hacerlos desarrollar?

Entre nuestros jóvenes cultos los conocimientos musicales estan muy difundidos, por que esa juventud inteligente, que tiene tiempo y cultura, no sale de los ambientes estrechos para poner oído a las voces



# Otras escritoras italianas



PAOLA DRIGO



CLARISA TARTUFARI



LUISA MACINA

desentonadas que resuenan afuera, buscando la manera de corregirlas? También el arte y las almas suyas ganarían porque frente a una obra tan noble y grandiosa también ellos darían frutos inesperados de progreso. Al sol de una misión generosa quien no se entusiasma, quien no siente que un vigor nuevo corre por sus venas?

El arte no es oligárquico, no; el arte, es cierto que necesita cultivadores apasionados, pero es de todos; todos tienen derecho a él como al sol, como a la vida, como a uno de los manantiales más puros de idealidad y de consuelo y si no todos

pueden comprenderlo, sí son capaces de sentir el encanto de una emoción sincera.

Demos un canto, un canto nuevo a esas multitudes que viven a nuestro lado; ayudémoslas concediéndoles un poco del arte que multiplica las alegrías y que disminuye las penas; busquemos la manera de corregir esas tristes aberraciones del espíritu que conducen a nuestro pueblo a glorificar en el canto sentimientos extraviados y mezquinos; así haremos mucho en pro de esta tierra nuestra.

MARÍA CUTTICA COGGIOLA

Escritora italiana de sanas tendencias.

## La debil voz

La plata esparcida por entre la negra cabellera y la frente surcada y un ténue velo ante las pupilas no constituirían para el alma tortura alguna si al declinar la vida surgiese al lado nuestro un florecido vástago. Un niño! Oh, fúlgida, invocada luz de ternura. Oh! deseo, oh! nostalgia eterna de mi languideciente juventud! Sofocado lamento, que hoy siento brotar irrefrenable desde lo



CLEMENTINA LAURA MAIOCCHI

profundo de mi ser! Ante los ojos, cansados de mirar en el ensueño, siempre, siempre vuelves, amado mío, hijo de mi corazón! Me miras: y tus negros ojos son los míos! Sonríes: y tu boca triste también es la mía! La cabeza sobre tu hombro inclino y abrazada a ti, calladamente, por ti, niño querido, por ti alzo mi plegaria. Que importa que las rosas caigan de mi frente? Que importa si tus pu-

ros labios son mas frescos que las rosas frescas y buscan, para borrarla, toda huella de llanto en mi rostro? Caminar así desearía, hacia la paz del inminente crepúsculo de mi vida, guiada por la mano de mi re-

sucitada primavera, y oír la palabra bendita que toda mancha fun- de como llama celestial: la débil voz que balbucea: *Mamá!*

CLEMENTINA LAURA MAIOCCI  
(BRUNA)

## Cantares de la carcel

Flor de desventura, cuando nació la alegría lejos se encontraba, nin-



VICTORIA AGANOOR

guna hada bajó a mi cuna con hermosos regalos.

Mi vida fue toda de suspiros y de llantos; mi juventud fue lanzada a los vientos. Entre desconsuelo y penas vi desaparecer, uno tras otro,

a todos los seres adorados y a ti, que tanto me querías, mi santo amor, madre mía, madre buena, madre cara... y he quedado desde entonces sola con mi dolor.

Había perdido todo, pero pedí el pan a estos dedos y a la aguja no queriendo buscar la ayuda de nadie. Fue el quien vino a tentarme, a suplicarme y durante un año le dije que no, le dije que no, hasta que fuí suya.

Y cuando se vió satisfecho, y cuando vinieron las desgracias y las necesidades de los hijos (hijos suyos) Dios los perdone! me ha pisoteado como uva en el lagar, era uno solo y parecían cien demonios! Yo no se cuáles y cuántas injurias me dirigía; se que fue vil y que sus palabras fueron puñales. Quién me embriagó con veneno? Quién puso en esta mano un arma? Quién lo hirió en el pecho? Madre, tu ignoras; tu duermes; los muertos olvidan la amarga vida y Abril los cubre de flores. Yo... lloro y canto; canto, para no oír en todos los momentos aquel grito suyo cuando cayó a mi lado.

VICTORIA AGANOOR POMPILI

Una de las más inspiradas poetisas italianas.  
Murió hace cuatro años.

## Beata solitudo, sola beatitudo

«*Beata solitudo, sola beatitudo*», escribían en un tiempo los monjes sobre la puerta de sus abadías, fabricadas con profundo sentimiento poético en los lugares más delicados por el panorama y por las bellezas de la naturaleza virgen y desierta.

La vida apartada y solitaria da, efectivamente, en su severidad, compensaciones y satisfacciones espirituales que no conocerán jamás aquellos cuya existencia se desliza toda entre el contacto de la gente y el movimiento febril de las ciudades populosas. «Es preciso saber vivir en compañía, pero es más todavía saber estar solo», ha dicho un grande espíritu, Nicolás Tommaseo. En efecto, es una ciencia que hace falta adquirir, que las almas frívolas, dadas a la vida ficticia y exterior del momento que pasa, no aprenderán nunca, pero que vigorizará y madurará a otras criaturas que tengan en el corazón y en la inteligencia los gérmenes fecundos de la sensibilidad y del pensamiento. La soledad enseña a reflexionar, enseña a meditar, enseña a bastarnos a nosotros mismos, desenvuelve todas las tendencias de nuestro ingenio, nos hace más altivos y útiles, nos ofrece la vida más íntima y profunda. Solos, nos pertenecemos más, la corriente nos arrastra, nuestra individualidad moral se afirma con mayor originalidad. Todas las grandes cosas: acciones, obras, sacrificios, conversiones, fueron preparadas y realizadas en la soledad. Devuelve la paz y tal vez la salud perdida entre los hombres;

enseña a contemplar, a amar la naturaleza, a vencer la batalla del alma, a adorar a Dios...

También se que la soledad inspira horror a la mayor parte de las mujeres. Y no la soledad absoluta, sino, por ejemplo, la vida de familia en algún pueblo remoto, en alguna aldea habitada por gente rústica que obliga al aislamiento. Muchas esposas toman actitudes de víctimas porque los maridos, médicos, ingenieros, maestros rurales, o agentes de campo, las sacan de la ciudad para sepultarlas con los vestidos nuevos del equipo, en alguna llanura solitaria o en cualquier «arrabal selvático». Y pensar que yo, cuando he soñado la felicidad, la he soñado precisamente así: la soledad de dos fuera del mundo! Pero, no sentís vosotras la dulzura, la embriaguez, el orgullo de pertenecer por completo a vuestro amor, a vuestra obra de felicidad? de hacer de la casita que habitamos un puerto de paz para las fatigas de nuestro compañero, un faro de luz para su intelecto, un oasis para su corazón? Servirse el uno al otro de sociedad, de amistades, de diversiones, de distracciones; concentrar todas las energías físicas y morales en nuestro ideal de rendición por nuestro nido, por la tierna familia que está ya creada o que se creará? Dichosa, dichosa soledad donde el arte y el amor brillan, donde los rústicos paseos dejan a las almas expansionarse y fundirse, donde nadie interrumpe las largas, las suaves intimidades, donde juntos se leen los libros buenos y

hermosos y ninguna corriente mal-sana, ninguna tentación páfida turba y disgrega y separa; donde ninguna chismografía maligna, ningún ejemplo peligroso envenena nuestra paz, donde se acoje sólo a los verdaderos y fieles amigos que

vienen como a una peregrinación y parten con la visión de la verdadera felicidad con que nosotros les hemos saturado en el corazón...

MARÍA PLATTIS

## El granuja

Cuando por la vía bullente y fangosa lo miro que pasa triste, sucio y bello, rotos los zapatos, la blusa andrajosa, páfida la frente, revuelto el cabello;

Cuando lo diviso sobre el empedrado, por entre los carros que atascan la vía arrojar pedruzcos con aire malvado a los perros que aullan con melancolía;

Cuando lo contemplo—pobre flor de espino!— que ríe y que salta, lejos del tugurio, —la madre en la celda del taller vecino, el padre en la cárcel—un penoso augurio oprime mi pobre corazón lloroso y digo: pedazo de afecto que ruedas por la tierra, solo, sin rumbo ni guía, acaso librate del vicio no puedas, acaso con ansias el crimen te espía...

Gárrulo adornito del nido materno, que harás en la vida dentro de unos años? serás del trabajo condenado eterno o réprobo libre, zurcidor de engaños? vestirás la humilde blusa del obrero o del presidiario la odiosa librea? hallarás acaso sobre del sendero una florecilla que tus pasos vea?

Entonce a la calle descender quisiera, tomarlo en mis brazos, ponerlo en mi seno, cubrir sus andrajos con mi cabellera y luego, en un beso de ternura lleno, decirle: «te amo, porque en tu figura miro levantarse mi niñez marchita

sin pan, sin abrigo, sin sol, sin ventura.  
 Mi madre fue esclava del taller que mata  
 y apuró valiente la hiel que envenena;  
 al besarte, siento su memoria grata  
 que viene y me besa. Comparto tu pena».

Y al verlo alejarse me quedo llorando  
 qué hará por la vida sin rumbo y sin guía?  
 qué voces lejanas lo estarán llamando?  
 las de la tristeza?... las de la alegría?...

Traducción de JOSÉ M<sup>a</sup> ZELEDÓN.

ADA NEGRI

## El eterno error

No lo dice todo y poco es lo que  
 da: pero quien lo esperaba y hoy  
 lo escucha, se inclina dócil al Cre-

Ella murmura: Hasta la muer-  
 te.....—y pone la última condición  
 y canta victoria. El no busca eter-



ADELAIDA BERNARDINI

do, y parece que afirme: Ah, sí! La vida es buena.

De las vigiliias de armas el no habla; talvez no las tuvo, o si las tuvo emplea todo su esfuerzo para no decir que ahoga los antiguos sueños y a otros nuevos se abandona.

nidad de fe.. A la fragilidad de un amor opone otras batallas que le darán segura gloria. Es un fuerte, es un hombre, es el que no cede!

ADELAIDA BERNARDINI CAPUANA  
 (Poetisa siciliana)

## La vía desconocida

Crees que yo quiero volver a transitar por la misma calle? Crees que yo deseo detenerme de nuevo en las



MELINA PASTORELLI

esquinas como lo hacía en mis bellos días idos? Crees que yo ansío volver?

Piensa: que esperaría vigilando

desde mi puesto luminoso los bellos senderos? Ahora conozco de las verdes sombras los misterios, ahora se lo que dice el viento al soplar con fuerza.

He mirado, he visto y he comprendido mucho con estos claros ojos infantiles. Y recogí flores en grandes ramos y tentes hilos de yerbas y fue como si ignorase el peso de toda vileza, de toda miseria, de toda sutil angustia. Pero comprendí y vi. Escucha, aunque de nuevo encontrase los nidos alegres, no sabría tejer sueños otra vez.

Y sin embargo, recogí rosas, muchas rosas, también algunas hojas de laurel; pero no deseo recorrer otra vez al claro de luna ni bajo el sol ardiente aquellos senderos vanos.

Cree, no es aquella la vía que conviene; tampoco se de otra mejor. Si conociese otras vías, si conociese senderos nuevos!... Siempre la vía desconocida es la mas bella.

MELINA PASTORELLI

poetisa palermitana, joven, muy joven. Ha publicado un libro titulado: *La sombra de un ensueño*.

## Parábola de la pequeña fuente

Para Amalia Guglielminetti

Era una pequeña fuente escondida, murmuraba apenas sus plegarias amorosas las cuales escuchaban solamente los arbustos que, encantados, doblaban sus tallos e inclinaban

sus ramas para no perder una sola nota de aquel cantar de plata.

Nadie la había visto, nadie había podido apreciar el rumor delicado que sus agras juguetonas

producían al salir a la superficie, nadie había llegado a sentir la caricia fría de sus ondas diminutas.

Las aguas de aquella pequeña fuente se alejaban, se alejaban cada vez más del lugar endonde nacían siguiendo en su romería los caprichosos senderos que las sinuosidades de la tierra les presentaban amorosas para sentir el beso fecundador de la corriente y la caricia apasionada de los pequeños guijarros que arrastraba ya aquel arroyuelo.

Más allá el arroyo se transformaba en caprichoso riachuelo que se entretenía en formar remansos para escurrirse, como una lengua lasciva, por entre las piernas de guapas lavanderas o se divertía en lanzarse por encima de algunas piedras formando cascadas endonde lucía los matices de sus gotas que brillaban como piedras preciosas al ser acariciadas por la luz. Luego era un río que mansamente, casi acobardado se extendía en los lugares endonde las riberas no eran muy altas o se encojía, como con miedo, al pasar por entre dos rocas que por encima de él se saludaban cual si fuesen dos duelistas prontos a empezar el ataque.

Movía molinos aquí y allá; saltaba presas hechas por el hombre para utilizar la fuerza acumulada en sus aguas; regaba plantíos; generoso, concedía parte de su caudal

para abastecer ciudades, pueblos y caseríos; permitía que su superficie se viera surcada por embarcaciones de varias especies y por último, al llegar a su desembocadura, empeñaba con el mar una lucha cruel, formando una orla de blancas espumas para el vencedor que a veces era el mar y que a veces era el río.

Ante aquella fuerza potente todos se mostraban temerosos, admirando un desarrollo tan grande de energía. Nadie se preguntaba de donde venía aquello, cuál era el sitio endonde comenzaba a formarse tanta potencia. Nadie podía acordarse de la pequeña fuente escondida que murmuraba quedamente sus plegarias amorosas, las cuales escuchaban solamente los arbustos que, encantados, doblaban sus tallos e inclinaban sus ramas para no perder una sola nota de aquel cantar de plata.

Así en la vida: admiramos grandes energías, contemplamos verdaderas inteligencias, nos descubrimos ante bondades superiores y no recordamos que siempre, tras aquellas energías, al lado de aquellas inteligencias y de aquellas bondades una mujer delicada ha entonado o está entonando la canción de plata de la pequeña fuente.

LA DIRECCIÓN

Setiembre 24 de 1913.

# Cordelia

sale en los primeros días de cada mes; la suscripción anual es de un colón anticipado; toda suscripción empieza con el primer número. El suscriptor que consiga dos nuevos suscritores recibirá de regalo una obra nacional. Dirigirse, para todo lo concerniente a suscripciones, al Director, en Heredia.